

El Sóviet de Diputados Obreros y la revolución **León Trotsky** **Diciembre de 1906**

(Escrito en diciembre de 1906, una vez escapado de su exilio en Siberia Trotsky entrega este material para la obra conjunta de varios líderes de la revolución de 1905 que se tituló *Historia del Sóviet de Diputados Obreros* y que, publicada en 1908 en Petersburgo, fue secuestrada inmediatamente. Publicado en alemán en *Neue Zeit*, XXV, 2, 1906, n° 7, página 85 y siguientes, bajo el título “Der Arbeiterdeputierat und die Revolution”. Este texto fue retomado por Trotsky en conjunto, aumentándolo, en sus “Conclusiones” a su obra *1905*)

I

La historia del Sóviet de los Diputados Obreros de San Petersburgo es la historia de cincuenta días. El 13 de octubre de 1905 se celebró la sesión en la que fue creado el sóviet. El 3 de diciembre fue disuelta la asamblea por las tropas gubernamentales.

¿Cómo es posible que haya conseguido en tan poco tiempo ocupar, no solamente en la historia del proletariado ruso sino también en la de la revolución rusa, un lugar que nadie piensa discutir?

El sóviet organizaba a las masas, dirigía las huelgas políticas y las manifestaciones, armaba a los obreros...

Pero otras organizaciones revolucionarias ya lo habían hecho antes que él, lo hacían al mismo tiempo y continuaron haciéndolo después de su disolución. La diferencia estriba en que era, o al menos aspiraba a ser, un *órgano de poder*. Aunque el proletariado, exactamente lo mismo que la prensa reaccionaria, llamaba al sóviet “el gobierno obrero”, en los hechos el sóviet representaba realmente un embrión de *gobierno revolucionario*. El sóviet realizaba el poder en la medida en que ya se encontraba en sus manos; luchaba directamente por el poder en la medida en que todavía se concentraba en manos del estado policíacomilitar. Antes del sóviet, ya existieron organizaciones revolucionarias en el seno del proletariado industrial, organizaciones socialdemócratas en su mayoría. Pero se trataba de organizaciones que evolucionaban en el seno del proletariado; su lucha tenía como objetivo inmediato el de conquistar *influencia* entre las masas. Por su parte, el sóviet es la organización del proletariado; y su objetivo, la lucha *por el poder revolucionario*.

Sin embargo, al mismo tiempo, el sóviet era y seguía siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En la lucha por el poder, aplicaba los métodos que con toda naturalidad se derivaban del hecho de que el proletariado sea una clase: su papel en la producción, su número, su homogeneidad. Es más: ligaba la lucha por el poder a la dirección inmediata de toda la actividad social autónoma de las masas obreras; frecuentemente incluso se encargaba de solucionar conflictos entre los representantes individuales del capital y el trabajo.

Aunque el sóviet ha conducido diversas huelgas a la victoria, y ha solucionado con éxito diversos conflictos entre obreros y patronos, ello no se debe en modo alguno a que existiera expresamente para ese objetivo; al contrario, donde había un sindicato potente, éste demostró encontrarse en mejores condiciones que el sóviet para dirigir la lucha sindical; la intervención del sóviet sólo tenía peso a causa de la autoridad universal de que disfrutaba. Y esa autoridad se debía al hecho de que realizaba sus tareas fundamentales, las tareas de la revolución, que trascendían los límites de cada oficio y de cada ciudad y asignaban al proletariado, en tanto que clase, un lugar en las primeras filas de los combatientes.

El principal instrumento del s3oviet fue la huelga pol3itica de masas. La virtud de una huelga de ese tipo radica en *desorganizar el poder del estado.* Y cuanto mayor es la "anarqu3a" que se origina, m3as se acerca la huelga a su objetivo. Pero esto s3olo resulta exacto si *no es por medios anarquistas como se llega a esa anarqu3a.* La clase que d3a tras d3a hace funcionar el aparato de producci3n y simult3neamente el del poder, la clase que, al cesar en bloque el trabajo, paraliza no solamente la industria sino tambi3n toda la m3quina estatal, debe encontrarse *suficientemente organizada* para no ser la primera v3ctima de la anarqu3a que ha creado. Cuanto m3s interrumpe la huelga en una gran escala la organizaci3n del estado vigente, m3s la organizaci3n de la huelga debe asumir las funciones del estado.

El S3oviet de los Diputados Obreros ha convertido en una realidad la libertad de prensa. Ha organizado patrullas callejeras para garantizar la seguridad de los ciudadanos. Se apoder3 m3s o menos de correos, tel3grafos y los ferrocarriles. Ha intentado instaurar la obligatoriedad de la jornada de trabajo de ocho horas. Al paralizar con el movimiento huelgu3stico al estado absolutista, introdujo su propio orden democr3tico en la vida de las clases trabajadoras de las ciudades.

II

Despu3s del 9 de enero de 1905, la revoluci3n mostr3 que dominaba en la *cabeza* de las masas obreras. El 14 de junio, con la sublevaci3n del acorazado *Potemkin Tavvitchesky*, mostr3 que pod3a convertirse en una *fuerza material.* La huelga de octubre mostr3 que pod3a *desorganizar,* paralizar al enemigo y hacerle doblar la rodilla. Finalmente, al provocar el surgimiento por todas partes de los s3oviets obreros, la revoluci3n mostr3 que era capaz de crear una forma de poder. Ahora bien, un poder revolucionario no puede apoyarse m3s que sobre una fuerza revolucionaria activa. El desarrollo de la revoluci3n rusa lo indica: ninguna clase social, salvo el proletariado, resulta apta ni se encuentra preparada para apoyar el poder revolucionario. El primer acto de la revoluci3n ha sido el combate callejero que enfrentaba el *proletariado* a la monarqu3a; la primera victoria seria de la revoluci3n ha sido conseguida mediante un verdadero *instrumento de clase del proletariado,* la huelga pol3itica; por 3ltimo, el primer 3rgano embrionario del poder revolucionario es un 3rgano de *representaci3n del proletariado.* El s3oviet, en la historia rusa moderna, es la primera forma de poder democr3tico. El s3oviet es el poder organizado de las mismas masas sobre cada una de sus partes. Se trata de la verdadera democracia sin trapicheos, sin dos c3maras, sin burocracia profesional, con el derecho de los electores para revocar su representante cuando lo deseen. Por mediaci3n de sus miembros, los diputados obreros elegidos, el s3oviet dirige sin intermediarios todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto, y de sus diferentes grupos, organiza sus acciones de masas, le proporciona sus consignas y su bandera. Esta direcci3n organizada de las masas aut3nomas ha aparecido por primera vez en tierra rusa.

El *absolutismo* dominaba a las masas sin dirigirlas. Creaba de manera mec3nica marcos exteriores para la actividad de las masas, en los que obligaba a encajar mediante la coacci3n a los elementos agitados de la naci3n. La 3nica masa que dirigi3 el absolutismo era el ej3rcito. Pero, ah3 tambi3n, dirigir no significaba otra cosa que ordenar. Al manejar los elementos que compon3an el ej3rcito, el absolutismo aniquilaba entre ellos todo lazo moral; lo substitu3a con la identidad de las condiciones f3sicas y somet3a su voluntad a la hipnosis embrutecedora del cuartel. En el momento actual, incluso la direcci3n de esa masa atomizada e hipnotizada se le va cada vez m3s de las manos al absolutismo.

Por su parte, el *liberalismo* no ten3a fuerza suficiente para dar 3rdenes a las masas, y carec3a de la iniciativa necesaria para guiarlas. Frente a la aparici3n p3blica de

las masas, incluso en los casos en que le reforzaba directamente, reaccionaba como frente a un fenómeno natural cargado de peligros, un terremoto o la erupción de un volcán.

El *proletariado* se lanzó al terreno de la revolución masivamente y en forma autónoma, con una independencia política total respecto del liberalismo burgués.

El *sóviet era la organización de clase de los obreros* y ahí residía la fuente de su potencia en la lucha. Pereció en el primer período de su existencia y no podía ocurrir de otra forma, no porque le faltara la confianza de las masas urbanas, sino porque, en general, la revolución en las ciudades tiene dimensiones limitadas; las razones de su pérdida se encontraron en la pasividad de los pueblos y aldeas y en la inercia de los elementos aldeanos en el ejército. Su posición política entre la población urbana resultaba tan fuerte como se podría desear.

Según el censo de 1897, San Petersburgo tenía alrededor de 820.000 personas “activas”, de las cuales 433.000 eran obreros y criados; la población proletaria llegaba por consiguiente al 53 por 100. Si contamos las personas inactivas, obtenemos una cifra algo inferior (50,8 por 100), al no tener familia la mayoría de los proletarios. En cualquier caso, el proletariado representaba más de la mitad de la población petersburguesa.

El sóviet de los diputados obreros no era el representante oficial del medio millón de personas que componía casi la población obrera de la capital. Reunía en su organización alrededor de 200.000, en su mayoría obreros fabriles, y aunque su influencia política, directa e indirecta, tenía un amplio alcance, capas muy importantes del proletariado (obreros de la construcción, criados, jornaleros, carreteros) no se encontraban, empero, casi o nada afectados por él.

Sin embargo, no existe la menor duda de que el sóviet expresaba los intereses de esa masa proletaria en su conjunto. Aunque en las fábricas, había también elementos reaccionarios, todo el mundo veía que su número se reducía no solamente de día en día, sino de hora en hora. Entre las masas proletarias de San Petersburgo, no podían encontrarse más que amigos y no enemigos de la dominación política del sóviet. La única excepción eran los criados privilegiados, los lacayos cargados de dignidades de la alta burocracia, los cocheros de los ministros, de los especuladores en bolsa y de las cortesanas (todos conservadores y monárquicos profesionales).

En la *intelligentsia*, tan numerosa en San Petersburgo, el sóviet tenía más amigos que enemigos. Millares de estudiantes reconocían la dirección política del sóviet y apoyaban sus iniciativas.

La *intelligentsia* titulada y asalariada estaba totalmente de su parte, salvo los elementos que habían caído irremediabilmente en la inercia. El apoyo enérgico otorgado a la huelga de correos y del telégrafo llamó igualmente la atención de las capas inferiores de los funcionarios sobre el sóviet. Todo lo que en la ciudad era honesto, y se encontraba sojuzgado, o animado de cierta vida, se sentía, instintivamente o conscientemente, atraído por el sóviet.

¿Quién estaba contra él? Los representantes del bandidaje capitalista, los especuladores de la bolsa que juegan al alza, los patronos, los negociantes y los exportadores para quienes la huelga suponía pérdidas, los proveedores del hampa dorada, la cuadrilla del consejo municipal petersburgués, ese sindicato de propietarios de bienes inmuebles, la alta burocracia, las cortesanas que cobran del presupuesto del estado, los dignatarios, esos hombres públicos generosamente pagados, los partidarios de los *Nowoje Vremja*, el departamento de los detectives, todo lo que existía de rapaz, de grosero, de corrompido y de condenado a perecer. Entre el ejército del sóviet y sus enemigos, se encontraban los elementos políticamente indiferentes, vacilantes o poco seguros. Los grupos más atrasados de la pequeña burguesía, que todavía permanecían al

margen de la política, no tuvieron tiempo de estudiar suficientemente el sóviet y de interesarse por él. Sin embargo, a causa del carácter de sus propios intereses, se hallaban más cerca del sóviet que del antiguo poder.

Los políticos profesionales de los medios de la intelligentsia, los periodistas radicales que no saben lo que quieren, los demócratas carcomidos por el escepticismo refunfuñaban condescendientes de cara al sóviet, contaban sus errores con los dedos, y, de manera general, daban a entender que en el supuesto de que *ellos* hubiesen estado al frente de esa institución, habrían conseguido la eterna felicidad del proletariado. Puede estimarse que la total impotencia de esos señores les disculpa.

En cualquier caso, el sóviet era efectivamente el órgano de la mayoría significativa de la población. Sus enemigos en el seno de la población de la capital no habrían supuesto peligro alguno para su dominación política si no hubiesen encontrado un protector en el absolutismo todavía lleno de vida que, por su parte, se apoyaba en los elementos atrasados del ejército campesino. La debilidad del sóviet no era su propia debilidad, sino la de una revolución exclusivamente urbana. Esos cincuenta días representaron para la revolución el período de su mayor potencia. El sóviet ha sido su órgano en la lucha por el poder. El carácter de clase del sóviet fue determinado por la rigurosa división en clases de la población urbana y la profunda antinomia política existente entre el proletariado y la burguesía capitalista (incluso en el marco históricamente limitado de la lucha contra el absolutismo). Tras la huelga de octubre, la burguesía capitalista ha frenado abierta y conscientemente la revolución; la pequeña burguesía demostró ser demasiado insignificante para desempeñar un papel autónomo, y el proletariado ha sido el jefe indiscutible de la revolución urbana, y su organización de clase fue su órgano en la lucha por el poder.

III

Cuanto más desmoralizado estaba el gobierno, más fuerte era el sóviet. Y, en comparación, cuanto más perdía la cabeza y sus medios el antiguo poder del estado, mejor se ganaba el sóviet la simpatía de las masas no proletarias.

La huelga política de masas (general) era el principal instrumento de que disponía el sóviet. Al unir todos los grupos del proletariado mediante un lazo directo y al mantener la energía de los obreros de cada empresa gracias a la autoridad y a la fuerza de la clase, existía la posibilidad de interrumpir toda la vida económica del país. Por consiguiente, no importaba que los medios de producción y de transporte continuaran siendo, como antes, propiedad privada de los capitalistas y en parte del estado, y que la potencia estatal siguiera en manos de la burocracia, puesto que era el sóviet quien *disponía* de los medios de producción y de transporte nacionales, al menos en la medida en que se trataba de *paralizar* la vida económica y política regular. Y fue precisamente su capacidad, demostrada con hechos, para organizar la vida económica y para provocar la anarquía en la vida oficial del estado, lo esencial para que el consejo fuera lo que era. En esas condiciones, habría sido la más desesperada de las utopías buscar un medio para que coexistieran el sóviet y el viejo gobierno. No obstante, si tratamos de resumir el verdadero fondo de todas las objeciones que han sido expuestas contra la técnica del sóviet, advertimos que todas parten de esta idea fantástica: después de octubre, apoyándose sobre las conquistas arrancadas al absolutismo, el sóviet hubiese debido preocuparse de organizar a las masas, y abstenerse de cualquier otra iniciativa agresiva.

Ahora bien, ¿en qué consistía esa victoria de octubre?

Aunque el proletariado tenga el derecho de registrar en su cuenta histórica la victoria completa, esto no ha impedido a su partido valorar con toda lucidez, los resultados conseguidos.

No hay duda alguna de que, después del asalto de octubre, el absolutismo abandonó la partida. Sin embargo, hablando con propiedad no había perdido la batalla, había evitado el enfrentamiento. No realizó ningún intento serio para oponer su ejército campesino a las ciudades sublevadas. Naturalmente, no se abstuvo por razones humanitarias, sino porque había perdido todo el valor y todo el dominio de sí mismo. Los elementos liberales de la burocracia, que tranquilamente esperaban su turno, obtuvieron una ventaja, y en el momento en que ya retrocedía la huelga publicaron el manifiesto del 17 de octubre, la abdicación de principios del absolutismo. Pero toda la organización material del poder, la jerarquía de los funcionarios, la policía, la justicia, el ejército, continuaba siendo, como antes, propiedad indivisa de la monarquía. Bajo esas condiciones ¿qué táctica podía y debía seguir el sóviet?

Basaba su fuerza en el hecho de que, al apoyarse en el proletariado productivo, podía privar al absolutismo de la posibilidad de utilizar el aparato material del poder. Desde ese punto de vista, la actividad del sóviet significaba la organización de la “anarquía”. Si continuaba existiendo y desarrollándose, esto representaba el reformismo de la “anarquía”. Una coexistencia permanente resultaba imposible. El conflicto próximo ya se encontraba implícito en la semivictoria de octubre, que era su base material.

Por consiguiente, ¿qué debía hacer el sóviet? ¿Debía fingir que no preveía que el conflicto era inevitable? ¿Debía aparentar que había organizado a las masas para los placeres de un régimen constitucional? ¿Quién hubiera creído eso de él? ¡Es claro que ni el absolutismo, ni las masas obreras!

Más tarde, el ejemplo de la *duma* nos ha mostrado qué pobre auxilio representaba en la lucha contra el absolutismo una corrección superficial, una forma hueca de lealtad. Para entregarse a una táctica de hipocresía constitucional, hubiera sido preciso que el sóviet estuviera hecho de una pasta distinta. E, incluso en ese último caso, ¿a qué resultado habría llegado? Únicamente al que llegó más tarde la *duma*. El sóviet no podía hacer otra cosa sino *reconocer que un conflicto abierto era inevitable a corto plazo*, y no disponía de más táctica que la de prepararse para la *insurrección*.

¿Y en qué podían consistir esos preparativos, sino en desarrollar y consolidar las cualidades del sóviet que le proporcionaban la posibilidad de paralizar el poder del estado y constituían su fuerza? Naturalmente, los esfuerzos, que se derivaban de su carácter, y que el sóviet desplegaba para consolidar y desarrollar esas cualidades, aceleraban inevitablemente el conflicto.

El sóviet se preocupó (y cada vez más) de extender su influencia entre el ejército y el campesinado. En noviembre, el sóviet hizo un llamamiento a los obreros para que demostrasen activamente su fraternal solidaridad con el ejército que comenzaba a despertar de su letargo. No hacerlo, suponía no preocuparse por aumentar sus fuerzas. Hacerlo correctamente, implicaba marchar al encuentro del conflicto.

¿Habría habido por casualidad una tercera vía? ¿Acaso el sóviet hubiera debido recurrir a la supuesta “razón de estado” del régimen? ¿Habría podido, habría debido localizar la frontera que separa los derechos del pueblo de los privilegios de la monarquía y detenerse en ese límite sagrado? Pero ¿quién garantizaría que la monarquía no atravesaría ese límite? ¿Quién se habría encargado de preparar la paz, o al menos un armisticio provisional, entre los dos adversarios? ¿El liberalismo? Una de sus comisiones propuso el 18 de octubre al conde Witte, como señal de reconciliación con el pueblo, retirar las tropas de la ciudad.

“Es preferible quedarse sin electricidad y sin agua que sin tropas”, contestó el ministro.

Con toda evidencia, el gobierno no pensaba en modo alguno en ceder. ¿Qué posibilidades tenía, pues, el sóviet? O apartarse y dejar el asunto en manos de la cámara

conciliadora, la futura Duma del Imperio (lo que igualmente deseaba, a decir verdad, el liberalismo). O prepararse para defender con las armas en la mano todo lo que había sido conquistado en octubre y, si fuera posible, para organizar nuevos asaltos. Ciertamente, sabemos ahora hasta la saciedad que la cámara conciliadora se ha convertido en el escenario de un nuevo conflicto revolucionario. Por consiguiente, el papel objetivo desempeñado por la duma no hizo más que confirmar la justeza de la hipótesis de la que el proletariado había deducido su táctica. Pero ni siquiera resulta necesario ir tan lejos. Podemos plantear la pregunta: ¿qué es lo que podía y debía garantizar la reunión de esa “cámara conciliadora” que no tenía la posibilidad de conciliar a nadie? ¿De nuevo la misma razón de estado de la monarquía? ¿O una solemne promesa de su parte? ¿O la palabra de honor del conde Witte? ¿O las peregrinaciones de los estados rurales a Peterov por la puerta de servicio? ¿O las advertencias de Mendelsohn? ¿O finalmente el famoso “curso natural de las cosas” sobre el cual el liberalismo se descarga de todos los problemas a partir del momento en que la historia le confía su solución a él, a su iniciativa, a su energía, a su razón?

IV

Si reconocemos (y es imposible no reconocerlo) que tras la semivictoria de octubre las cosas se presentaban como acabamos de indicar, queda todavía por preguntarse si el sóviet se preparó como era necesario para ese inevitable conflicto. La prensa burguesa democrática ha expuesto, a este respecto, diversas acusaciones que, desgraciadamente, han encontrado también algún eco en la prensa del partido.

Si les creemos, el principal error del sóviet y de los partidos revolucionarios ha consistido en hacer demasiada agitación y muy poco trabajo de organización; y, por ello, el asalto contrarrevolucionario no fue repelido con suficiente fuerza. Nosotros, tenemos dificultad para captar en qué tipo de organización piensan esos acusadores.

La organización del sóviet unía a un número no menor de 200.000 obreros. Todas las fábricas tenían su centro director: el colegio de los diputados de la fábrica, y todos los distritos, el suyo: la asamblea de distrito de los diputados, y, por último, el conjunto del proletariado petersburgués el suyo: el sóviet; era una organización amplia, libre, influyente, capaz de iniciativa. Simultáneamente se desplegaba una intensa actividad para crear sindicatos; estos aspiraban vivamente a unirse; tenían un órgano: la oficina central de los sindicatos; de representación de diversas empresas, el propio sóviet se convertía en representación de las organizaciones de oficios; en su último período de existencia, dieciséis sindicatos estaban representados en él.

Naturalmente, puede reprochársele al sóviet haber organizado sólo 200.000 y no 400 a 500.000 obreros. Puede reprochársele al sóviet y a la socialdemocracia no haber organizado más que dieciséis sindicatos, y no treinta o cuarenta, y no haber organizado al conjunto del proletariado en esas uniones. Pero de todos modos no hay que perder de vista que, para todo ese trabajo, ¡la historia no ha concedido más que *cincuenta* días! La socialdemocracia ha hecho mucho, no podía hacer milagros.

Y el trabajo de organización interna del propio partido ¿iba por buen camino? ¿No dejó pasar esos cincuenta días sin aprovecharlos? En la medida en que la tarea consistía en armar, en los más breves plazos, a centenares de millares de obreros, lo mejor que podía hacer el partido era utilizar todas sus fuerzas para la organización y la consolidación del sóviet. A fin de cuentas, el sóviet es íntegramente su trabajo. En lo que se refiere a su propia organización, dos vías se abrían ante el partido: la vía conspirativa y la vía abierta. En nuestras filas, ningún individuo dotado de un poco de sentido común dudaba de la inevitabilidad del asalto de la contrarrevolución contra las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, habría sido una completa estupidez, en ese período en que la vida política de las masas era intensa y abierta, dirigir toda la

organización del partido hacia la clandestinidad. Para que el trabajo de agitación tuviera éxito, resultaba indispensable hacer aparecer públicamente al partido por medio de las secciones y de los círculos socialdemócratas. Pero ni que decir tiene que esas organizaciones experimentaron en diciembre la misma suerte que el sóviet de los diputados obreros, la federación campesina y todas las demás uniones sindicales, con la federación de los ferroviarios, de correos y telégrafos en primer lugar. Diciembre se deriva de octubre como la conclusión de la hipótesis. La salida de diciembre se explica, con toda naturalidad, por el hecho de que en ese momento dado del desarrollo revolucionario la reacción ha sido mecánicamente más fuerte que la revolución. Es cierto que el liberalismo estima conveniente, en todas las circunstancias, suplir la falta de fuerzas con la rapidez de los pies. Para él, la táctica realmente valiente, madura, meditada y adecuada es la deserción en el momento decisivo. Ello se debe a la inmensa ventaja de tener los pies ligeros, al no encontrarse atado por la confianza de las masas ni por las responsabilidades frente a ellas. Pero, si en diciembre, la socialdemocracia o el sóviet hubieran cedido sin lucha, habrían vaciado de su sentido no solamente la manifestación de noviembre, sino también los esfuerzos realizados y la victoria conseguida en octubre. Esto habría significado, añadido a la derrota material que provenía de las correlaciones de fuerzas, la derrota moral que se hubiera derivado de la traición que suponía la deserción.

Hemos dicho que diciembre ha sido la consecuencia directa e inevitable de octubre. Desde ese punto de vista, las diferencias de opinión en la apreciación de la huelga de noviembre y de la lucha por la jornada de ocho horas adquieren una importancia secundaria. La lucha por la jornada de ocho horas suscita actualmente, cuando se aprecia retrospectivamente la actividad del sóviet, cierto número de opiniones divergentes. No ocurre así con la huelga de noviembre, pero algunos socialdemócratas influyentes han puesto en duda su oportunidad. Por nuestra parte, señalemos lo siguiente: si la huelga de noviembre ha sido un error, si el establecimiento forzoso de la jornada de ocho horas ha sido otro error fenomenal (aunque ello no sea en modo alguno nuestra opinión) los dos errores tienen una importancia menor; no han modificado la situación política; esos dos “errores” no han originado la oposición entre el poder que se apoya sobre los soldados y el que se apoya sobre los obreros. Con o sin errores, el conflicto de diciembre se encontraba implícito en la situación contradictoria. La derrota de diciembre también lo estaba en las correlaciones de fuerzas. En el sur, en los países bálticos, en el Cáucaso, no hubo huelga de noviembre ni establecimiento forzoso de la jornada de ocho horas. Y, sin embargo, ocurrió lo mismo: en todas partes ha habido, en diciembre, conflicto y derrota.

V

Puesto que las causas de la derrota de diciembre no se pueden buscar en la táctica seguida, ¿acaso las encontraremos en la *composición* del sóviet? Se ha dicho que el pecado original del sóviet estribaba en su carácter de clase. Para llegar a ser el órgano de la revolución nacional (se explica) resultaba necesario que el sóviet ampliara su marco; se precisaba que los representantes de todas las capas de la población tuvieran su sitio en él. Esto habría consolidado la influencia del sóviet y reforzado su poder.

¿Es cierto?

La fuerza del sóviet provenía del papel desempeñado por el proletariado en la economía capitalista. La tarea del sóviet no consistía en transformarse en una parodia de parlamento, sino en crear las condiciones del parlamentarismo; no era la de organizar la representación igual de los intereses de diferentes grupos sociales, sino unificar la lucha revolucionaria del proletariado. El arma principal del sóviet era la huelga política de masas, un método que sólo pertenece a la clase de los obreros asalariados, al

proletariado. La unidad de clase eliminaba en el sóviet las fricciones internas y le proporcionaba capacidad de iniciativa revolucionaria.

¿De qué manera podía ampliarse la composición del sóviet? Se habrían podido admitir representantes de las profesiones liberales; aunque no aportasen nada al sóviet, podemos suponer que tampoco le estorbarían demasiado. Pero es inútil añadir que no hubiera cambiado nada la fisonomía de clase del sóviet.

¿Qué otros grupos de la sociedad deberían haber sido representados?: ¿el congreso de los zemstvos?, ¿el comercio y la industria?

El congreso de los zemstvos se reunía en Moscú en noviembre; deliberaba sobre la cuestión de las negociaciones con el ministerio del conde Witte, pero ni siquiera se le ocurrió plantear el problema de las negociaciones con el sóviet obrero.

En el transcurso de las sesiones del congreso estalló la [insurrección de Sebastopol](#). Esto impulsó inmediatamente a los representantes de los zemstvos hacia la derecha, de tal modo que Miliukov tuvo que tranquilizar al congreso con un discurso en el que sustancialmente decía que, gracias a Dios, la insurrección ya estaba aplastada. ¿De qué modo se habría podido llevar a una acción revolucionaria común a esos señores y a los diputados obreros que aclamaron a los insurrectos de Sebastopol? Uno de los dogmas medio sinceros, medio hipócritas del liberalismo proclama la exigencia de que el ejército permanezca al margen de la política. Por su parte, el sóviet desarrolló una inmensa energía para atraer al ejército hacia la política revolucionaria. ¿Sobre la base de qué programa se podía imaginar una cooperación en ese terreno? ¿Qué podían aportar esos señores a la actividad del sóviet, aparte de una oposición sistemática, debates interminables y la desmoralización interna? ¿Qué nos habrían podido proporcionar, excepto advertencias y consejos de los que ya había bastantes en la prensa liberal? Es muy posible que los cadetes y los octubristas hayan tenido a su disposición la verdadera “razón de estado”; aun así el sóviet no podía transformarse en un club de polémicas políticas y de educación mutua (era necesario que fuese un órgano de *lucha*, y continuó siéndolo).

Mientras que para el sóviet la huelga general, y sólo ella, era la condición previa de la insurrección, en la que los elementos no proletarios podían encontrar su sitio al lado de los obreros; mientras que el sóviet pedía a todos los grupos revolucionarios que preparasen la huelga directamente e inmediatamente con él, el liberalismo burgués veía en la huelga política (en la que, por su carácter, no podía participar activamente), un método de combate que había perdido toda eficacia y exigía la mejor parte en la dirección de una lucha, en la que el proletariado debía soportar todo el peso.

¿Qué es lo que los representantes del liberalismo burgués y de la democracia burguesa podían añadir a la fuerza del sóviet? ¿Cómo habrían podido enriquecer sus métodos de lucha? Basta recordar el papel que desempeñaron en octubre, en noviembre, en diciembre, basta acordarse de la resistencia que esos elementos opusieron a la disolución de su дума, para comprender que el sóviet podía y debía seguir siendo una organización de clase, esto es, una organización de lucha. Algunos diputados burgueses podían aumentar su importancia *numérica*, pero eran absolutamente incapaces de aumentar su *fuerza*.

VI

La tarea central de la revolución es la lucha por el poder. Estos cincuenta días y su conclusión sangrienta no sólo han mostrado que la Rusia de las ciudades constituía una base demasiado estrecha para esa lucha, sino también que, dentro de los límites de la revolución urbana, una organización local no puede asumir la dirección del proletariado. La lucha del proletariado en nombre de tareas nacionales exigía una *organización de clase de envergadura nacional*. El sóviet de Petersburgo era una

organización local. Sin embargo, la necesidad de una organización central se hacía sentir de tal modo que, de grado o por fuerza, tuvo que asumir sus funciones. Desde ese punto de vista, hizo todo lo que pudo, pero continuó siendo, no obstante y ante todo, el sóviet de los diputados de *Petersburgo*. Ya en la época del primer sóviet apareció con nitidez y con fuerza la necesidad de un congreso obrero panruso, que indefectiblemente habría provocado la creación de un órgano dirigente central. La derrota de diciembre impidió que se llevara a cabo dicha tarea. Quedó como legado de este período de cincuenta días. La idea del sóviet se fijó en la inteligencia obrera, al igual que la necesidad previa de la irrupción revolucionaria de las masas. La experiencia demostró que el sóviet no resulta adecuado ni posible bajo todas las circunstancias. La organización del sóviet significa objetivamente que se crea la posibilidad de desorganizar el gobierno, significa la organización de la “anarquía” y, por consiguiente, la condición necesaria para un conflicto revolucionario. Por eso, aunque un período de calma chicha para la revolución y de triunfo desmesurado de la reacción excluye la posibilidad de un órgano de masas abierto, elegido, influyente, no hay ninguna duda de que el cercano nuevo asalto de la revolución provocará en todas partes la constitución de sóviets obreros. El sóviet obrero panruso, organizado por la unión de todos los obreros del territorio, se encargará de la dirección de las organizaciones locales elegidas del proletariado. Naturalmente, lo esencial no es el nombre y los detalles de las organizaciones, sino la tarea que consiste en dirigir de manera democráticamente centralizada al proletariado en la lucha para hacer pasar el poder a las manos del pueblo.

La historia no se repite, y el nuevo sóviet ya no tendrá que recorrer el ciclo de los acontecimientos de estos cincuenta días, sino que de este período, podrá sacar un programa completo de actividad. Y este programa está perfectamente claro:

- cooperación revolucionaria con el ejército, el campesinado y las capas plebeyas de la burguesía urbana;
- supresión del absolutismo; destrucción de su organización material: en parte cambio completo, en parte disolución inmediata del ejército, aniquilamiento del aparato policíaco burocrático;
- jornada de ocho horas;
- armamento de la población y, sobre todo, del proletariado;
- transformación de las administraciones en órganos de autoadministración de las ciudades; creación de sóviets de diputados campesinos en tanto que órganos locales de la revolución agraria;
- organización de las elecciones a la Asamblea Constituyente y campaña electoral sobre la base de un programa preciso de los trabajos de la representación popular.

Un plan de este tipo resulta más fácil de formular que de poner en práctica. Pero si la revolución vence, el proletariado ruso se encontrará obligado a seguir con precisión este programa. Desarrollará una actividad revolucionaria nunca vista en el mundo todavía. La historia de estos cincuenta días entonces no será más que una página muy pálida en el gran libro de la lucha y de la victoria del proletariado.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es